

## UNA REIVINDICACIÓN DE LO COTIDIANO

Antonio Manuel Liz (ed.), *Realidad sin velos*, Laertes, Barcelona 2009, 314 pp.

Está muy extendida la opinión de que confiar en nuestro conocimiento de la realidad, es decir, ser realistas respecto a él, consiste en admitir que nuestras representaciones mentales, ya se trate de teorías o creencias, se corresponden adecuadamente con los aspectos del mundo que representan. Y se admite ampliamente que en la configuración de tales imágenes o representaciones contribuyen tanto la influencia causal de la información procedente de la realidad misma como las características genéricas o particulares del sujeto, ya se trate de su aparato sensorial, de su sistema conceptual o de sus creencias previas. Pero un intermediario en el conocimiento, como es el caso de una representación, no deja de ser un elemento capaz de entorpecer o tergiversar la información, ofreciendo meras apariencias de la realidad original. Y qué duda cabe de que cuanto más decisiva sea la actividad del sujeto en la configuración de tales representaciones, mayores son las dificultades para el realismo. Un claro ejemplo de esto último lo encontramos en filosofía de la ciencia: la mayor parte de las actuales concepciones relativistas y constructivistas respecto al conocimiento científico proceden de interpretaciones radicales del concepto de «carga teórica de la observación» defendido por Hanson y Kuhn. Pero, frente a las concepciones realistas aludidas cabe reformular una vieja pregunta que recorre toda la historia de la filosofía: ¿no habrá reductos de conocimiento directo? ¿de un conocimiento en el que no intervenga el sujeto con sus creencias ni siquiera con sus conceptos, de modo que entre objeto y sujeto no medien representaciones mentales? El conocimiento perceptivo sería sin duda el mejor candidato, y ser realista directo respecto a él significaría admitir que las cualidades sensibles, como el color, el olor o el sabor, están en cierto modo en las cosas y no en los sujetos. Esto es lo que se entiende por realismo directo en el libro que es objeto de este comentario.

El libro reúne una serie de nueve trabajos de miembros del grupo interuniversitario de

investigación LEMA, con sede en la Universidad de La Laguna. Son trabajos relacionados con el realismo directo, en los que se presta especial atención a nuestro conocimiento perceptivo. Su forma es la de breves ensayos, en su sentido propio de tentativas, esbozos o proyectos, en los que las metáforas ocupan aún el lugar de lo habrán de ser argumentos más sólidos y en los que, por tanto, las conclusiones no pueden ser aún muy precisas. Sin embargo, la variedad de enfoques desde los que estos ensayos abordan el realismo directo hace de ellos una muy buena contribución a un mapa de las cuestiones relacionadas con el tema, y las interesantes sugerencias que se ofrecen constituyen un excelente preludio para futuros desarrollos en él. Aunque, como veremos al final, la lectura del libro también plantea algunos interrogantes.

En el primer capítulo («Una mirada atrás»), Manuel Liz traza un extenso resumen histórico de la filosofía de la percepción desde Alcmeón de Cretona y Anaxágoras hasta nuestros días. En realidad se trata de una introducción temática al resto del libro tomando a la historia como pretexto. Al final del capítulo sostiene que se pueden situar las diferentes doctrinas históricas acerca de la percepción a lo largo de tres ejes o dimensiones. La primera dimensión va desde el realismo directo, posición a la que se acercaron Aristóteles o Thomas Reid, a un constructivismo radical, en el que es fundamental la actividad del sujeto en la configuración de las percepciones. La segunda dimensión representa la tensión entre empirismo y racionalismo, dos formas modernas de justificar el contenido cognitivo de nuestras percepciones, de las que la segunda parece haber tenido más acogida posterior. Y, en fin, la tercera dimensión transcurre desde el viejo optimismo acerca del valor cognoscitivo de nuestras percepciones, en el que era difícil explicar las percepciones erróneas, al pesimismo y la desconfianza posterior a Descartes y Locke, donde el problema es explicar la veracidad de la percepción. Tras este recorrido histórico Manuel Liz presenta la recuperación del realismo directo, esto es, la reivindicación del valor de la percepción desnuda, como un objetivo en buena medida a contracorriente, pero que constituye una vuelta a Aristóteles y, en última instancia, una «vuelta a casa».

El título del ensayo de David Pérez Chico, «La recuperación del mundo ordinario», indica el modo en que concibe esa vuelta a casa. Una recuperación que ve en el segundo Wittgenstein y destaca en dos autores a quienes considera sus continuadores en este empeño: Hilary Putnam y Stanley Cavell. Ambos estarían de vuelta como Wittgenstein de esa afición de los filósofos a formular problemas que superan nuestra capacidad para resolverlos. El realismo interno de Putnam ya fue una reacción contra el realismo científico por su desprecio de las intuiciones realistas del sentido común. Y su posterior «realismo con rostro humano» constituye, según Pérez Chico, un acercamiento más claro hacia un tipo de realismo directo con su crítica a la doctrina tradicional de los datos sensoriales y su consiguiente negación de que todo conocimiento deba estar mediado por representaciones. En la filosofía de Cavell, por otra parte, la recuperación del mundo ordinario pasa necesariamente por renunciar a las pretensiones de universalidad y certeza que han causado el alejamiento de la filosofía tradicional de nuestras formas de vida.

En el capítulo «El nueve y el 'misterio de las mismas personas diferentes'», Margarita Vázquez sitúa la idea de realismo directo en el ámbito de las ciencias sociales. Parte de situaciones en las que el acierto de una decisión depende de que sólo un limitado número de los agentes involucrados la compartan individualmente (Se estará bien en una playa o un bar si sólo algunos de sus posibles ocupantes piensan lo mismo y acuden a ese lugar), y subraya que el modo de encarar este tipo de situaciones es recurriendo a un tipo de modelos, en los que destaca dos características propias del realismo directo. Por una parte la *inmediatez* respecto a la realidad social: un modelo no parte de una teoría ni siquiera de unas leyes sociales de carácter más o menos universal, sino que surge de la interacción del agente con la evolución de la situación. Por otra parte, los modelos no serían meras ficciones útiles. En defensa del *carácter realista* de los modelos, Margarita Vázquez acude al constructivismo social de Searle, para quien en muchas circunstancias la estructura de los modelos utilizados en ciencias sociales coinciden con las que implícitamente dan forma a los sistemas sociales reales, lo que explicaría la capacidad de

muchos modelos para representar la evolución de los sistemas sociales. De todos modos, Margarita Vázquez acaba postulando una revisión del constructivismo de Searle que, atendiendo a ciertas restricciones materiales concretas, acoten su alcance.

En el siguiente capítulo, «Percepción y no conceptualidad», Andrés L. Jaume afronta el dilema de que la percepción directa, sin mediación de conceptos ni creencias, aunque sugiere un acceso privilegiado a la realidad, parece carecer de relevancia cognitiva, mientras que si, como se ha pensado tradicionalmente, la percepción incorpora algún intermedio representacional que facilita su conexión con otras creencias de nivel superior, la existencia de un elemento interpuesto entre el sujeto y la realidad exterior le resta fiabilidad. Analiza los puntos de vista al respecto de D. M. Armstrong, G. Evans y J. Mc Dowell, y concluye que si entendemos la percepción como una experiencia relevante cognitivamente y con capacidad para justificar otras creencias, es preciso admitir la mediación en ella de elementos conceptuales. Finaliza, sin embargo, considerando que los conceptos que acompañan a toda percepción significativa no deben ser tenidos como fuentes de posibles errores perceptivos (la cuestión radicaría en el uso que hagamos de los conceptos) ni constituyen un bagaje invariable previo que condicione toda experiencia perceptiva (creamos nuevos conceptos); de donde concluye que la mediación de conceptos en la percepción no constituye necesariamente un velo interpuesto entre el sujeto y la realidad y que no hay una oposición insalvable entre conceptualización y acceso directo.

En el ensayo «Percepción y actos de habla», Juan José Colomina resalta los rasgos que considera acordes con el realismo directo en la filosofía del lenguaje de J. L. Austin. Especialmente en su crítica a la teoría de los *sense data* del positivismo lógico: una teoría, según la cual nuestra percepción no es directamente de los objetos del mundo físico, sino de una representación mental del mismo, y todo el conocimiento debería estar organizado sobre una base de enunciados básicos o protocolares acerca de los que no cabe dudar. En esta crítica Austin

parte del análisis lingüístico de los actos de habla con los que describimos nuestras percepciones y se basa en su concepción contextualista del significado y la verdad de tales actos: una concepción que pone el énfasis en las convenciones sociales que determinan el modo en que se realiza la comunicación humana respecto a las percepciones, y en la que no hay lugar para enunciados básicos indudables. Aunque Colomina no está de acuerdo con el externalismo radical de Austin, cree interesantes y cercanos al realismo directo algunos rasgos epistemológicos que considera sutilmente implícitos en su filosofía del lenguaje. En especial la convicción de que es la realidad compartida por todos los hablantes lo que hace que los diferentes marcos lingüísticos no sean inconmensurables.

El trabajo de María Ponte, «Realismo directo y entidades abstractas», se presenta como el esbozo de una defensa de tales entidades frente a concepciones nominalistas. Admitir la realidad de las entidades abstractas exige, por una parte, una epistemología suficientemente amplia que incluya el acceso a ellas, a pesar de que se trata de entidades que carecen de localización espaciotemporal y de capacidad de interacción causal. Y, por otra parte, sería necesaria una ontología lo suficientemente plural como para acoger entidades tanto empíricas como abstractas sin recurrir a ningún tipo de reduccionismo entre ellas. María Ponte encuentra prometedor el análisis semántico. Sin embargo, no cree aceptable la tesis de Quine de que las entidades matemáticas existen porque son necesarias para la ciencia, ni le convence la insistencia de los neofregeanos en la prioridad del lenguaje sobre la realidad y de la verdad sobre la referencia. No obstante, al final, destaca lo que considera una idea central en las tesis neofregeanas que suele pasar desapercibida: propiamente no dirían que el lenguaje determina la realidad, sino que en cierto modo la realidad «adopta los contornos de nuestro lenguaje». Habría que precisar el significado de esa «adopción», pero no cabe duda de que permitiría una ontología lo suficientemente amplia como para dar cabida a las entidades abstractas.

El ensayo de José R. Herrera, «Lógica epistémica para una realidad sin velos», comienza advirtiendo que las lógicas epistémicas usuales

suelen tomar como base una concepción representacionalista del conocimiento, según la cual, éste se define como creencia verdadera justificada. Señala que este enfoque no es compatible, claro está, con el realismo directo, entre otros motivos porque, según éste, no todo conocimiento comporta creencia ni exige justificación. Pero es más, esa concepción del conocimiento genera diversos problemas en lógica epistémica, entre ellos, el del mismo tratamiento formal de las nociones de conocimiento y creencia y de las relaciones entre ellas. Al análisis de estos problemas dedica Herrera la mayor parte de su contribución. Luego propone dos vías de solución que se muestran cercanas a una concepción no representacionalista del conocimiento. La primera es la lógica de las modalidades epistémicas graduadas, que se centra en los grados de certeza o confianza que median entre el conocimiento y la ignorancia. La segunda parte de la definición de creencia como conocimiento falible, tomando así al conocimiento como noción primitiva; un conocimiento que se aproxima a un tipo de actitud proposicional básica de carácter perceptivo. De su valoración de estos dos sistemas concluye que es posible apoyar las tesis del realismo directo desde los planteamientos y análisis formales propios de la lógica epistémica.

La contribución de Manuel Liz a este libro se completa con otros dos capítulos, «No hay creencia sin dolor» y «Tres lecciones sobre el realismo directo», que, aunque de estilos diferentes (el segundo tiene forma de diálogo), son en gran medida complementarios. Insiste Manuel Liz en que un realismo directo exige una ontología en la que las cualidades sensibles, como el color, el olor o el sabor, sean de algún modo propiedades de los mismos objetos físicos; una ontología muy distinta, claro está, a la postulada por Galileo y Newton, que negaban realidad física a tales propiedades. En la nada fácil tarea de situar las cualidades sensibles en el mundo físico, Liz recurre a la noción de parte integrante de una cosa, definiéndola del siguiente modo: A es parte integrante de B cuando si A no fuera como es, B podría no ser como es. Y a partir de aquí propone considerar a las cualidades sensibles como cualidades integrantes de algunos objetos físicos. Pero para entender este





paso, es imprescindible entender su noción de «camuflaje<sup>1</sup>», que se refiere a la capacidad de muchas entidades de situarse en su medio aprovechándose de cualidades sensibles que surgen en otras entidades. Así decimos, por ejemplo, que el camaleón tiene la capacidad de camuflarse de sus depredadores. A lo que podríamos añadir que los camaleones podrían no ser como son si sus depredadores no los confundieran con las hojas o ramas del entorno. Lo cual nos permite concluir que, según la definición anterior, una cualidad sensible como el color es parte integrante de los camaleones. Manuel Liz sostiene además que esta generosa noción de camuflaje no sólo es aplicable a los organismos: también lo es a los objetos físicos, de modo que éstos integrarían colores, olores o sabores, como exige una ontología acorde con el realismo directo. En esta ontología es fundamental el cambio que se produce en la noción de objeto físico en cuanto entidad espaciotemporal. Si nuestras sensaciones de color, olor o sabor pertenecen a los objetos mismos, éstos, al ser percibidos, se prolongan hasta nosotros adquiriendo en nuestras mentes una «segunda piel». Pero subraya Manuel Liz que no es que los objetos físicos causen en nosotros tales sensaciones, porque en cierto modo hay también en nosotros una capacidad de revestir a los objetos con la segunda piel de nuestras sensaciones. Con todo esto Manuel Liz piensa haber mostrado que se puede «concebir» sin ninguna contradicción, a las cualidades sensibles como propiedades del mundo físico, con lo que el realismo directo se convertiría en una posibilidad coherente (p. 206).

Aunque las relajantes metáforas de la vuelta a casa o la recuperación del mundo ordinario que se utilizan en los distintos ensayos de este libro parecen inmunizar al realismo directo que aquí se propone respecto de las típicas pretensiones empirista o fenomenalista, y aunque no hay por qué suponer que todos los ensayos mencionados responden a un mismo punto de vista acerca de la

percepción y el conocimiento, es muy posible que, al finalizar el libro, el lector se quede con la impresión de que, en definitiva, se le está proponiendo alguna nueva variante del empirismo. Porque parece ser que, en última instancia, se trata de encontrar una forma de conocimiento indudable y, en condiciones normales, incorregible que sirva de control y guía para el resto del conocimiento, amenazado por el sesgo de los conceptos y las convicciones previas. Esa impresión se debe en buena medida a que no queda del todo clara en el libro la importancia de la *certeza* en las percepciones en el realismo directo, ni se nos informa lo suficiente acerca de cómo serían las relaciones entre éstas y el resto del conocimiento, es decir, el conocimiento conceptual, dado el abismo que el libro supone entre ellos.

No quiero finalizar estos comentarios sin una breve alusión a algunas de las ideas de Manuel Liz en sus trabajos. Encuentro que su noción de «parte integrante» es demasiado generosa. Parece que no sólo sirve a su propósito de situar las cualidades sensibles en los objetos físicos, sino que tendría aplicaciones difícilmente aceptables: también serviría, por ejemplo, para considerar propiedades del cuerpo humano a la composición o la temperatura del aire que lo rodea. La elasticidad de la piel de las cosas no debería ser tanta que se llegaran a confundir relaciones con propiedades. (Esa confusión que Russell identificaba como la raíz del idealismo). Por otra parte, queda sin resolver cómo se producen las cualidades sensibles. Manuel Liz insiste en que no están causadas por los objetos físicos y que nosotros tenemos la capacidad de revestir a los objetos de tales cualidades, pero ¿se trata de un efecto en el que colaboran causas diferentes o de relaciones de algún tipo no causal?

Pero tras la lectura del libro hay motivos suficientes para esperar que estas preguntas y dudas y otras cuestiones tal vez de mayor calado encuentren respuestas en trabajo posteriores de los autores de estos ensayos. De todos modos, el interés del tema del realismo directo (especialmente atractivo para quienes —volviendo a la filosofía de la ciencia— nunca llegamos a creernos que Kepler y Tycho Brahe vieran cosas distintas ante el mismo atardecer), el modo

<sup>1</sup> Puede encontrarse un desarrollo más amplio de este concepto en: M. LIZ, «Camouflaged Objects: The Intentionality of Perception», *Theoria*, 56, 2006.

tan directo en que se aborda, la variedad de campos en los que se aplica y el visible esfuerzo de los autores por acercar los asuntos tratados a cualquier persona interesada por la filosofía

hacen totalmente recomendable la lectura de este libro.

Sebastián ÁLVAREZ TOLEDO

